



HISTORIA DE LA SILLA

Mauricio Fernández Garza

Para Kana y Álvaro, con todo el cariño

Dicen por ahí que, al final de la vida, no son los años los que cuentan, sino la vida que vivimos en esos años. La vida como decidimos vivirla. Y Mauricio Fernández decidió vivirla como si cada día fuera el último. Hace unos días partió un hombre fuera de serie que gozaba la vida y vivía con una pasión desbordante. Tenía una capacidad extraordinaria para emprender siempre y no descansar nunca. Su casa, el municipio, el rancho, el museo. Las monedas, los cuadros, los techos, los fósiles, los jarrones, la cerveza, y muchas cosas más. No paraba. Y más recientemente, el palacio, ese espectacular lugar del siglo XV en Almagro, del que tanto hablaba y se enorgullecía. Esperó años para poder adquirirlo y, cuando fue suyo, resulta que estaba lleno de sorpresas.

Sentarte a comer con Mauricio en La Milarca era un placer. Acompañarlo a la cava a escoger el vino, que te sirviera un mezcal de Nuevo León, que te contara su último proyecto, que te platicara el siguiente plan. Era un gran conversador. Sus pláticas, repletas de anécdotas, llenas de esa pasión que sólo poseen los que tienen la fortuna de hacer lo que les gusta. También era dueño de un gran sentido del humor; aderezado con esas carcajadas contagiosas. Verlo tocar *Meditación* de Antonio Carlos Jobim, en el clarinete, era una gozada. Lo mejor del mundo mundial, como le gustaba decir. Decía José Ortega y Gasset que el hombre excelente era aquel al que la vida no

le sabía si no la hacía consistir en servicio de algo trascendente. Mauricio decidió dejar las empresas familiares y trascender en el servicio público. Pasará a la historia porque transformó su ciudad. Fue cuatro veces alcalde de San Pedro Garza García y senador de la República.

Las calzadas, estas grandes y bellísimas avenidas que trazan el centro del municipio fueron, sin ninguna duda, su sello más emblemático. Ahora una de ellas lleva su nombre. Mauricio Fernández hacía, arriesgaba, decidía, innovaba. Era decente, creativo, muy educado, y obsesivamente puntual. Deja un gran ejemplo y un gran reto. Nos toca ahora a nosotros, a esta generación, continuar esa trascendente labor. Hacer comunidad, transformar nuestras ciudades. Pero sobre todo hacer de la política una labor loable, defendible, apasionante, transformadora, socialmente útil. La política decente; esa que vale la pena.

Termino con Marguerite Yourcenar en *Memoirs de Adriano*: “Los grandes hombres se caracterizan precisamente por su posición extrema; su heroísmo está en mantenerse en ella toda la vida. Son nuestros polos...”.

*

“Decidió dejar las empresas familiares y trascender en el servicio público. Pasará a la historia porque transformó su ciudad. Fue cuatro veces alcalde de San Pedro Garza García y senador de la República”.